

*Hay cosas que se hacen por amor,
otras se hacen por amor al arte...
Esta la hice por las dos cosas.*

Lunes, 15 de octubre de 1989

He pasado un puente¹ estupendo. He estado con unos amigos en un pueblecito de la Sierra². Ha hecho un tiempo maravilloso y lo he pasado muy bien. El único problema es que he comido muchísimo, demasiado. Todo el día comiendo chuletas de cordero³ con patatas fritas. Hoy mismo he empezado una dieta. Voy a comer ensalada y fruta toda la semana.

Esta tarde ha venido un cliente a encargarme un nuevo caso. Ha llegado a media tarde, sobre las seis o seis y media. Margarita, la secretaria, me ha dicho:

–Lola, en la sala de espera hay un nuevo cliente.

–Ya puede pasar –le he dicho yo.

–Oye, Lola, una cosa...

–Dime.

–Mírale a los ojos... –me ha dicho Margarita.

–¿Los ojos? ¿Por qué?

–Son los ojos más bonitos que he visto nunca...

–¡Pobre Tony!

Margarita rápidamente se ha ido a su despacho un poco enfadada. Tony es el novio de Margarita. Están todo el día hablando por teléfono. Margarita trabaja poco, la verdad. Lee revistas del corazón⁴, se arregla las uñas, se pinta los ojos y habla por teléfono con su novio... Pero le tengo cariño.

Cuando ha entrado el nuevo cliente, me he quedado sin respiración. ¡Qué ojos, Dios mío⁵! ¡Qué ojos, qué nariz, qué boca, qué cuerpo, qué todo...! ¡Qué hombre...!

–¿Lola Lago? Soy...

«Harrison Ford», he pensado yo.

–...Cayetano Gaos, el propietario de la galería de arte «Acanto»...

–Encantada.

Y era exactamente la verdad.

–Un amigo de un amigo mío me ha dado tu dirección.

–Ah, ¿sí? ¿Quién?

–Alonso de la Prada.

–Ah, claro, Alonso... Hace mucho que no nos vemos.

Con Alonso de la Prada tuve una apasionada historia de amor de tres fines de semana. Después desapareció. Ni una llamada telefónica ni una carta. Nada.

–¿Qué tal está? –le he preguntado muy educadamente.

–Muy bien. Se va a casar dentro de poco con una holandesa, creo, y se van a vivir a Estrasburgo...

–Ah, me alegro.

En realidad me he alegrado solo de una cosa: el imbécil de Alonso le ha hablado de mí a Cayetano y Cayetano, el hombre más guapo que he conocido, ha venido a verme. A verme a mí.

–Bueno –ha continuado Cayetano–, yo he venido para ofrecerte un trabajo.

–Dime.

–Hace unos meses compré unos cuadros de un famoso pintor. Urpiano se llama. No sé si lo conoces.

Yo no tenía ni idea. Últimamente tengo mucho trabajo y ni voy a exposiciones ni leo el periódico. Pero he mentido:

–Sí, claro, sé quién es.

–¿Te gusta la pintura?

–Me encanta –he dicho haciéndome la interesante.

La pintura me gusta, la verdad, aunque no entiendo nada. Pero no tengo porqué dar explicaciones a desconocidos. Y menos a un desconocido guapo.

–Bueno, el caso es que compré varios cuadros en una subasta en Barcelona, en Sitehevist...

–Ah, en Sitehevist...

–Me gasté muchísimo dinero...Unos cincuenta millones...

«¡Cielo santo!⁶», he pensado.

Nunca he visto juntos ni un millón de pesetas. Pero, como una buena actriz, he dicho:

–Cincuenta...

–Pero me parece que son falsos.

–O sea, que compraste unos cuadros por cincuenta millones de pesetas sin saber si eran auténticos o no.

–No, no... Los cuadros son auténticos. Los especialistas de Sitehevist los estudiaron y son auténticos.

–Entonces no lo entiendo.

–Me parece que todos, repito, todos los cuadros de Urpiano son falsos...

–Como van a ser falsos todos los cuadros de un pintor... –he dicho sonriendo con inteligencia.

–Pues porque Urpiano no existe, creo.

–¿Cómo?

–Que Urpiano no existe. Creo que es una mentira. Un montaje, vaya. Y quiero que tú lo descubras.

–¿Y por qué no vas a la policía?

–La única posibilidad que tengo de recuperar los cincuenta millones de pesetas es descubrir que Urpiano, el famoso pintor surrealista, no existe... Si descubrimos eso y podemos probarlo, estoy salvado. Me voy a convertir en un experto. Más experto que muchas casas de subastas famosas en el mundo...

«Es una buena explicación», he pensado.

–O sea que lo voy a descubrir yo, pero te vas a hacer rico tú...

–Pienso pagarte bien.

–Ah, ¿sí? ¿Cuánto?

Soy una mujer terriblemente práctica a veces.

–Setecientas cincuenta mil pesetas por descubrirlo y, luego, un uno por ciento de mis ganancias...

Nadie me ha pagado nunca setecientas cincuenta mil pesetas por un caso. Pero no iba a decírselo a él.

–¿Y los gastos?

–Los gastos los pago yo, naturalmente.

–Está bien. De acuerdo. Necesito cien mil pesetas por adelantado. Y una cosa...

–¿Sí?

–Si dentro de dos meses todavía no lo hemos descubier-to, puedes darle el caso a otro detective o si no...

–Si no, ¿qué? –me ha preguntado.

–Si sigo yo, tendrás que pagarme doscientas mil cada mes. ¿De acuerdo? Setecientas cincuenta mil hasta diciembre más los gastos. Y a partir de mediados de diciembre, doscientas mil al mes más los gastos... Y, luego, el uno por ciento...

–De acuerdo.

Y se ha ido. Aquí tengo su dirección y sus teléfonos. Mañana tengo una reunión con mis socios. Es el caso más estimulante de los últimos años. Y no solo por el arte.